

PRÓLOGO

Madrid, principios de 1615

El Alcázar de Madrid se alzaba imponente sobre un promontorio, dominando el Manzanares. Tras sus ventanas, hacía ya horas que sus ocupantes se encontraban desarrollando sus quehaceres. Los alabarderos, ataviados con vestimentas que combinaban el amarillo y el granate, custodiaban puertas de acceso y escaleras; los cocineros, se afanaban en perfeccionar sus creaciones para que los reales moradores, sobre todo el Rey, tan frugal a la hora del almuerzo, quedaran satisfechos; las doncellas iban y venían, afanadas en la limpieza de las habitaciones, remiendo de vestidos, lavandería y las más variopintas tareas. No obstante, y aunque pueda parecer lo contrario, parecía que uno de sus propietarios estaba preocupado.

Felipe III, con su rubicunda y despejada frente, se hallaba sentado en su trono de madera de nogal, hábilmente abrigado y tallado por expertas manos ebanistas. A sus treinta y cinco años, podía vanagloriarse de seguir poseyendo una figura envidiable, herencia de su madre, doña Ana de Austria. Iba ataviado con unas calzas de tisú en color verde oscuro bordadas en plata, en tanto que sus ya de por sí delgadas y bien proporcionadas piernas veían su delgadez acentuada por la cobertura de unas medias de lana blanca, que hacían más sofocante el calor de aquel mes de mayo.

Mantén una pierna cruzada sobre la otra y, sobre sus rodillas, un pergamino escrito y adornado con un membrete y el sello real. Su mano izquierda sujetaba el pliego mostrando un cierto temblor, en tanto que con la otra se rascaba la parte derecha de su frente.

Ante él, uno de sus consejeros, rodilla en tierra, lo observaba expectante, aguardando pacientemente a que Su Majestad terminase con su lectura y esperando las órdenes que tuviese a bien manifestarle.

Don Pedro de Guzmán, conde de Teba y marqués de Ardales, carraspeó para llamar sobre sí la atención del Monarca, inmerso en un impenetrable mutismo desde hacía ya casi media hora.

Felipe lo miró, clavando sus ojos azules sobre su súbdito, que lo miraba de hito en hito.

— ¿Sabéis que es esto, don Pedro?

— Si Su Majestad no me lo dice, dudo mucho que yo pueda saberlo; y más, si es un secreto de Estado.

— No, mi buen don Pedro. O al menos, pronto dejará de ser un secreto.

Descruzó sus piernas y agarró el pergamino con ambas manos.

— En esta carta recibo la confirmación por parte de la reina regente de Francia, María de Médicis, por la que

queda concertado el enlace de su hijo, el rey Luis XIII de Francia, con la infanta Ana María.

— El Tratado de Fontainebleau —manifestó don Pedro, dando a entender que estaba al corriente del asunto—. Lo sé, Majestad. Y debo decir que la labor de vuestro embajador en Francia, don Íñigo de Cárdenas, fue encomiable para llevar a buen puerto tales negociaciones.

— Don Íñigo alcanzó un gran acuerdo con la Reina Madre, desde luego; mas esa italiana es dura de carácter y desea en todo momento que su voluntad sea ley —bajó la vista para leerle a su cortesano los aspectos que más le habían llamado la atención de la misiva—. Es su deseo que la infanta se encuentre en Francia próximamente para celebrar su enlace en Burdeos, Dios mediante, en Octubre. Asimismo, se me remiten las condiciones que ya quedaron fijadas hace dos años, en París, respecto a la dote de la infanta y de la futura consorte de mi hijo Felipe —se mordió el dedo índice, preocupado—. Pese a que sus respectivas uniones quedaron acordadas en 1611 y ya sepa quién será su futuro dueño y señor, dudo que la infanta esté preparada para vivir en una corte extranjera del boato y libertinaje de Francia.

— La infanta ha sido educada desde su más tierna infancia para ello, Majestad, y es conocedora de su destino —dijo el vasallo, tratando de confortar a su Rey.

— Aún tiene problemas con el idioma...

— Pese a que su francés aún es bastante rudimentario, no dudo que pronto logrará dominarlo, Majestad.

— Es un enlace muy deseado, pues así aseguramos la alianza con Francia. Aunque dudo del gusto del rey Luis por Ana María. Ya sabéis que la infanta es muy tímida...

— Pero hermosa —puntualizó don Pedro—. La infanta desempeñará el papel de esposa y madre a la perfección.

— Aun así, no es sobre mi hija sobre quien quería hablaros, don Pedro.

El conde de Teba y marqués de Ardales miró fijamente a su rey, apretando el ala de su sombrero de fieltro con la mano izquierda.

— ¿Os referís a...?

El Rey asintió quedamente.

Se levantó del trono, dejando sobre el cojín adamascado del asiento la carta de la Reina María. Con ademán lento y desganado, el Tercer Felipe se dirigió a la ventana que quedaba más próxima al trono, situada a su siniestra. Miró al exterior, manteniendo su mirada absorta en un punto indeterminado del cielo.

Don Pedro alzóse igualmente y, con paso vacilante, se situó próximo al Monarca, a una distancia prudencial.

— Con todos mis respetos, Majestad, aún es demasiado joven: sólo tiene once años.

— Casi doce. Y mi hija, que está a punto de casarse, va camino de los catorce.

Don Pedro sintió su mirada celeste sobre él, como si quisiera evaluarlo. No parecía en aquel momento el monarca indolente y falto de inteligencia que reflejaban sus cronistas. Muy al contrario.

El labio inferior, grueso y herencia de los Austrias, le tembló ligeramente al preguntar:

— Ella... ¿sabe algo? ¿Le habéis hablado de sus orígenes?

— No, mi Rey. Tal como ordenó Su Majestad, la muchacha sólo piensa que es mi sobrina y que está destinada a servir a la infanta y futura reina, Ana María, como menina.

— Y... –el Rey parecía nervioso, casi temblaba–. ¿Y cómo es? ¿Es... inteligente o es...?

En este punto, calló. Don Pedro sabía qué iba a preguntar, aunque supo responder hábilmente, sin hacer referencia a los temores del Rey.

— Es muy inteligente, incluso más que cualquier hombre que yo conozca: habla con soltura latín, francés e inglés, tanto como su lengua materna. Incluso ha llegado a interesarse por los libros de Historia y Leyes que guardo en mi biblioteca, hasta tal punto que dedica varias horas al día a estudiarlos con ahínco.

— Conocimientos más propios de un rey que de una noble o cortesana... –admitió Felipe–. ¿La habéis iniciado ya en otras disciplinas?

— Majestad, se inició ella sola con diez años recién cumplidos –dijo don Pedro, no sin cierto orgullo–. Es muy intrépida con la equitación, sabiendo montar a lo amazona y a horcajadas. Y su dominio con la toledana o el florete está muy por encima del mío propio.

– Y... ¿se parece a...?

Don Pedro asintió, no sin cierta tristeza en su mirada.

Una lágrima rodó por la sonrosada mejilla del Rey, que se la enjugó con sus blancos y largos dedos, casi al descuido.

Se dio la vuelta y volvió a sentarse en el trono.

— Bien –comenzó a decir, dubitativo–. Si es así, comenzaremos con los preparativos del enlace de mi hija, la infanta Ana María Mauricia, y prepararemos su intercambio con la infanta Isabel de Borbón, destinada a ser la esposa de mi hijo Felipe. Relizaremos la ceremonia en la frontera hispano–francesa.

— Si se me permite, Majestad, creo que el lugar adecuado para ello podría ser la isla de los Faisanes, situada en la desembocadura del Bidasoa y justo en la misma frontera entre ambos reinos.

— Sea. Hacédselo saber a nuestro embajador en Francia para que se lo transmita a la regente Médicis –calló un momento y tragó saliva antes de seguir–: En cuanto a la... muchacha, participadle que acompañará a la futura Reina de Francia en calidad de menina.

— ¿Llegó el momento entonces, Su Gracia?

— Llegó, don Pedro. Pero, por favor, aún no le habléis de sus orígenes. Aún no...

Y volvió a encerrarse en su consabido y acostumbrado mutismo.

Don Pedro esperó unos minutos y, acto seguido, asintió e, inclinándose todo lo que pudo, hizo una reverencia al Rey Felipe III antes de salir del salón del trono, haciendo ondear su capa de color burdeos.

* * * * *

— ¿Aurora?

La voz de don Pedro de Guzmán se confundió con el crujir de los goznes metálicos de la puerta de entrada a su biblioteca. El chirrido era francamente desagradable. Don Pedro emitió una mueca de disgusto. Mira que les había dicho a los criados que arreglaran aquel desperfecto; y aun así, nada. Tendría que volver a decírselo.

Echó un vistazo a su alrededor. Decenas de libros se agolpaban en las estanterías de caoba que cubrían las paredes de la estancia, enmarcando puertas y ventanas.

Sonrió con cierta vanidad. Pese a no ser uno de los grandes pares del Reino de las Españas, contaba con una envidiable colección, de no menos de mil ejemplares. En su haber aglutinaba desde tratados de Medicina y Filosofía, a compendios legales, pasando por grandes obras de la Literatura, tales como las de Garcilaso, o aquel inglés de nombre impronunciable que tanto éxito estaba cosechando en la Gran Isla, hasta crónicas guerreras e históricas.

Entonces, su mirada se fijó en la gran mesa de madera de pino, ovalada, que presidía la estancia. Sobre su limpia y brillante superficie se encontraba una gran cantidad de libros de diferente índole. Ella no podía estar lejos.

Volvió a llamar por nombre de mujer.

— ¿Tío?

Una voz alegre le vino de las alturas. Alzó la vista.

Estaba sentada en el último peldaño de una de las escaleras hábilmente situadas para alcanzar los volúmenes de las baldas superiores. Sus largos cabellos castaños le caían en ondas sobre los hombros y la espalda,

sujetos con una cinta de pelo a modo de diadema, que dejaba escapar algunos de los rizos de su ondulante flequillo. Iba ataviada con un sencillo vestido de algodón de color azul celeste, adornado en el pecho con un femenino lazo de color blanco. Sobre su falda, un libro abierto que sus dedos, más que sujetar, acariciaban.

Don Pedro sonrió.

— ¿Otra vez aquí? ¿Habéis terminado vuestras lecciones?

— Sí, tío. Monsieur de Villeneuve dice que ya no tiene nada más que enseñarme y que sólo me hace falta practicar. Y el señor De la Quadra ha finalizado antes la clase de esgrima, aquejado de dolor de espalda – sonrió divertida–. Mas yo creo que es porque le estaba ganando y tiene muy mal perder.

— Imagino –don Pedro rió de buena gana–. ¿Y ahora estáis...?

— Leyendo las crónicas de la Guerra de Sucesión Castellana y de la Guerra de Granada. Ayer tuve una discusión con Ana María sobre el papel de la Reina Católica en esas contiendas y estoy dispuesta a hacerle ver lo erróneo de sus argumentos.

— ¿Ana María? –don Pedro enarcó una ceja–. Querréis decir, pequeña dama, Su Alteza Real, la Infanta doña Ana María Mauricia.

— Bueno, sí –admitió la joven, frunciendo el ceño–. Aunque se me hace muy difícil llamar así a alguien a quien conozco casi desde la cuna.

— Tendréis que acostumbraros, Aurora –dijo su tío, gravemente–. A eso, y a cosas peores.

Aurora lo miró fijamente, con sus ojos negros muy abiertos.

Don Pedro le hizo señal para que bajara, a lo que la muchacha obedeció sin manifestar oposición alguna, y sin soltar por un momento el libro que estudiaba.

El último peldaño lo saltó hábilmente, haciendo ondear su falda y cayendo al suelo con un golpe seco, de pie, manteniendo el equilibrio.

Don Pedro de Guzmán le arrebató dulcemente el libro que había estado leyendo hasta hacía pocos minutos. Lo hojeó unas cuantas veces y lo depositó sobre la mesa que dominaba la sala. Como ya hemos dicho, sobre la misma había otros seis u ocho libros que ahora, más de cerca, pudo reconocer; reconoció el relativo a los Jueces y Fueros de Castilla, las Partidas del Rey Sabio, un par referentes a sabios y filósofos griegos, y uno de un tal Miguel de Cervantes, cuya obra estaba causando furor en la Corte en los últimos años. Aunque, para ser sincero, él no había procedido a su lectura. Tiempo habría de ello.

Alzó la vista, y la miró.

Seguía inmóvil junto a él, con ambas manos cruzadas sobre su regazo, observándolo con aquellos dardos

negros que tenía por ojos. No era muy alta, y nada indicaba que fuese a crecer mucho más; sus formas no estaban aún desarrolladas, pero todo parecía indicar que cuando fuese adulta, se transformaría en una beldad. Ya era, de por sí, una niña preciosa.

— Aurora, decidme la verdad, ¿nunca os habéis preguntado por qué habéis de estudiar tantas y variadas materias, algunas más propias de varones que de hembras?

— ¿Puedo hablar con libertad?

— Os lo ruego.

— Pues veréis, si os soy sincera, al principio no me resultó raro aprender latín, inglés o incluso francés. Si es cierto que estoy destinada a convertirme en menina de la infanta y, por ende, a vivir en una Corte extranjera, era obvio prepararme para ello. Y puesto que Francia e Inglaterra son países vecinos, era bastante fácil adivinar que el enlace de Ana María... perdón, de la Infanta, se celebraría con una de estas dos naciones.

— ¿Y sobre la hípica? ¿Qué pensáis?

— Confieso que soy feliz a lomos de un caballo y me resulta más cómodo montar a la manera de los hombres. He de reconocer que en alguna ocasión os he tomado prestados algunos de vuestros pantalones de montar para hacerlo más cómodamente –en este punto, rió–. Aunque la infanta se escandalizara por ello y opinara que mi actitud era más propia de un varón.

— ¿Y la esgrima?

— Ahí, confieso, tío, que no entiendo por qué me habéis hecho aprender el arte de la espada. Tía Juana opina que es un arte eminentemente masculino, pero... –se sonrojó al decir esto–: Debo confesar que prefiero mil veces luchar con una espada a batallar con una aguja y pasar las tardes bordando.

Don Pedro estalló en una sonora carcajada, siendo acompañado en ella por la risa musical de su sobrina. Le gustaba esa franqueza, esa espontaneidad y frescura. Había llegado a quererla como una hija, a falta de hijos propios durante los primeros tiempos de matrimonio. Y le apenaba, llegado el momento de separarse de ella, de su alegría.

— Sentaos, por favor.

La joven obedeció.

Los ojos de don Pedro la contemplaban con detenimiento, admirando la obra que el Rey y él mismo habían creado. Porque aquella jovencita, tan hermosa como inteligente, era su obra; su hija, aunque no lo fuera de nombre. Su orgullo.

— Aurora, ¿cuál es la lección más valiosa de todas las que habéis aprendido?

— Saber cuál es la Voluntad de Dios y de mi Rey, y aceptarla de buena gana.

— Y en vuestro caso, ¿cuál creéis que es Su Voluntad?

Ahí tragó saliva. Sabía qué le estaba dando a entender su tío.

— En mi caso... Mi misión... Su Voluntad es que os deje... Y ya ha llegado el momento, ¿verdad, tío?

Don Pedro la miró asombrado. No pudo mentirle. Asintió.

— ¿Y... hacia dónde habré de ir?

— Hacia Francia. La Infanta Ana María contraerá matrimonio con el Rey Luis XIII de Francia, a ser posible, antes del mes de noviembre; aunque está previsto que la boda por poderes se celebre un par de meses antes aquí, en España.

— ¿Habré de acompañarla entonces como menina?

— Así es...

— Tío, perdonad si estoy equivocada, pero tenía entendido que toda novia que contrajese matrimonio con la Familia Real de Francia tendría que dejar atrás todas las pertenencias de la Corte de donde proceda, ya sean vestidos o acompañantes. ¿Qué hay de nuevo en esta situación?

— En este caso, al hacer el intercambio con la hermana del Rey Luis, se incluirá la cláusula de obviar tal costumbre, de forma que las dos novias puedan llevar consigo un pequeño séquito. Aun así, me extraña que os hayáis dado cuenta de ese dato...

— El que sea mujer no quiere decir que sea tonta...

No esperaba esa respuesta por parte de la muchacha. No porque fuese mujer, sino porque pensaba que era aún demasiado joven para darse cuenta de detalles eminentemente frutos del juego político. Tragó saliva y, en un claro gesto de tranquilizarla, cogió sus manos entre las suyas y las acarició.

Aurora miró fijamente a su tío, perdiéndose en el trasfondo de sus ojos. Había algo que rondaba su cabeza. Algo que su tía, en un arrebato de furia causado por la envidia de tener una sobrina de su misma edad que parecía acaparar las atenciones del marido, le había mencionado alguna vez. Sabía que, pese a que su tío la adorase, su tía Juana la detestaba y veía su presencia como un impedimento en su casa. Y eran esos celos los que hacían que la estancia de Aurora en aquella morada fuese para la joven un trance que, en ocasiones, se le antojaba demasiado amargo para tan tierna edad. En el fondo, a pesar de la tristeza que le producía separarse de su tío, sabía que alejarse de la casa y del país que la vio crecer sería para ella como un bálsamo.

— Tío... Sé que si me voy tendré que renunciar a dos cosas muy importantes.

Don Pedro de Guzmán asintió, asombrado una vez más ante la perspicacia de su sobrina.

— La primera es necesaria, si quiero proteger y servir a la que, dentro de poco, no sólo será mi señora, sino

también mi Reina.

— Lo es. Tendréis que ser cautelosa, actuar en la sombra. Ese secreto sólo podréis saberlo la Reina y tú; y, si acaso, quien estiméis digno de vuestra total confianza.

— La segunda... no sé si quiero saberla...

— Aún no podéis...

— Lo sé... Por eso, quiero que me prometáis una cosa.

Su tío la miró fijamente, atento a cualquiera de sus movimientos y de su petición.

— Si vuelvo a las Españas, ya sea por casamiento o incapacidad para seguir cumpliendo con mis funciones, quiero que me contéis la verdad, que me digáis quién soy realmente; y lo mismo si estimáseis que vuestra vida corre grave peligro. Si yo muero lejos de mi patria... —tragó saliva. Su voz, ronca—. Por favor, traed mi cuerpo aquí.

— Se hará como digáis —prometió don Pedro.

Aun así, el noble sabía que no podía prometer aquello que no dependía de él. Y aunque creía que eso había servido para tranquilizar los temores de su sobrina, no era así.

Ella sabía perfectamente que esa promesa no era algo que estuviese en manos de su bienhechor, sino que dependía de instancias más altas y desconocidas para ella. Pero no debía atormentarse con ello: su vida había sido feliz, se le permitió ser educada para una misión mucho más alta que cualquier mujer en su condición podría conseguir en aquellos tiempos. Y sabía que no sería fácil.

Tío y sobrina se levantaron y, apretados en estrecho abrazo, salieron de la biblioteca en dirección a los aposentos de la joven. Debían preparar el viaje con todo lo necesario para sobrevivir y avanzar en tierra extraña. Tal vez la tía Juana pusiera el grito en el cielo al ver que lo que se introducía en los baúles de viaje no eran sólo miriñaques, redecillas y guardainfantes.

Pero ella no sería una mujer normal. No. No lo sería. No podía serlo.